

# MUCKRAKER 02



Lucía Lijtmaer • Eudald Espluga • Jaron Rowan

Capitán Swing®

# MUCKRAKER 02

*Lucía Lijtmaer - Eudald Espluga - Jaron Rowan*

*Capitán Swing* 

MUCKRAKER es la colección digital de Capitán Swing dedicada a la no ficción contemporánea, en un formato que hoy puede sonar disparatado como es el reportaje largo, y con un interés especialmente orientado a escritores locales y actuales. Por eso tu apoyo a estas obras es definitivo: con él avivamos la mejor tradición de periodismo crítico e inteligente, y al mismo tiempo aupamos voces nuevas en el terreno de la no ficción. A todos los lectores y lectoras que hacéis esto posible: gracias.

© De Quiero los secretos del Pentágono y los quiero ahora: Lucía Lijtmaer

© De Las pasiones ponderadas: Eudald Espluga

© De Memes: Jaron Rowan

Edición en ebook: febrero de 2015

© De esta edición:

Capitán Swing Libros, S.L.

Rafael Finat 58, 2ª4 - 28044 Madrid

Tlf: 630 022 531

[www.capitanswinglibros.com](http://www.capitanswinglibros.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-943676-9-4

© Diseño gráfico:

Filo Estudio [www.floestudio.com](http://www.floestudio.com)

Corrección ortotipográfica: Juan Marqués

Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico

[www.caurina.com](http://www.caurina.com)

© Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

© Bajo Licencia Creative Commons Reconocimiento-CompartirIgual (by-sa): Se permite el uso comercial de la obra y de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original.

# Contenido

Portadilla

Créditos

IV. Quiero los secretos del Pentágono y los quiero ahora

SINOPSIS

I

Hablas de paz, prepárate para la guerra

II

Ricardo Domínguez: La desobediencia civil electrónica

III

Y entonces robamos lo invisible: Paolo Cirio

Facebook, la sonrisa de la fiesta eterna

Cómo comerse a Google

¡Extra, extra! Esto es un atraco: Amazon Noir

IV

La venganza de Aaron

V

V. Las pasiones ponderadas

SINOPSIS

Dedicatoria

Introducción

La tradición ciega

Nuevos independentistas en el «poble killo»

¿De qué hablamos cuando hablamos de «nuevo independentismo»?

La razón vacía

«Ciutadans» de un lugar llamado mundo

El lubricante nacionalista

Ni civilización ni barbarie

El catalanismo desapasionado: ¡compra

Catalunya®!

Independentismo emocionalmente inteligente

Bibliografía

La tradición ciega

La razón vacía

Ni civilización ni barbarie

## VI. Memes

SINOPSIS

Dedicatoria

Introducción

Orígenes del meme: de la biología a la internáutica

Breve y promiscua historia de los memes

Diseño colectivo: ¿antidiseño?

El papel de 4chan: los affordances

Inquilinos inquietos: saltos de plataforma

Tus cualidades: soy idiota, intertextual, creo sentido por acumulación

Viral vs. memético: cerrado y abierto

El meme político, entre el enfado y las risas

Conclusiones: el meme como acumulación de objetos

Bibliografía

MR

02

IV

# Quiero los secretos del Pentágono y los quiero ahora

Lucía Lijtmaer



Artivismos, hackers y la cara menos  
espectacular de la **Deep Web**

*Capitán Swing* 

## SINOPSIS

«Pedófilos crean un *crowdfunding* en la Deep Web para financiar la pornografía infantil», «Deep Web: drogas, armas, asesinos y aviones privados a la venta en la brutal red anónima», «Así compré drogas en la Darknet»...

Casi todos los titulares que leemos sobre la Deep Web nos invitan a permanecer lejos de ella: a su lado Mordor parece un cumpleaños. Ahora bien, ¿es realmente la Deep Web ese pozo de inmundicia del que tanto hemos oído hablar? Para averiguarlo, la periodista Lucía Lijtmaer bajó allí y resulta que lo primero que encontró fue... ¡sombra de ojos! A partir de ese instante empiezan las sospechas. A fin de cuentas, la Deep Web se parece bastante a aquel internet que conocimos en los noventa. Es decir una red no regulada por el todopoderoso Google.

Desde una enunciación gonzo y poco amiga del *thriller* (no esperen aquí a aquella Sandra Bullock de *La Red*, ni tampoco al FBI tumbando nuestros ordenadores), plantea un recorrido por la cara menos conocida de la Deep Web (aquella en la que NO hay drogas, ni armas, ni pedófilos) al tiempo que revisa algunos episodios emblemáticos del activismo actual. Todo ello nos conducirá hacia una pregunta inevitable: ¿por qué tememos tanto a un internet no dominado por las grandes corporaciones?



# I

El café comenzó a hacer algo de efecto a eso de las cinco de la mañana. Ahora son las seis y en medio de la oscuridad me cubro con el edredón. Estoy en la cama de mi propia casa, en camisón, y la oscuridad no es únicamente metafórica. Delante de mí fosforece el ordenador con cuatro pestañas abiertas. El resto está oscuro.

—¿Hola?

(silencio)

—¿Estás ahí?

(silencio)

Estoy hablando sola. Tanteo y palpo el teclado.

Mamá, debajo de la cama hay monstruos.

La persona que me va a conectar a la Deep Web me ha dejado sola justo cuando íbamos a acceder al Otro Lado. Tengo miedo. Me siento como en la frontera entre Francia y Alemania en 1943, con el salvoconducto en la mano. Como la niña de *Poltergeist* delante de la tele. Como Joaquín Almunia durante toda la campaña electoral de 2004.

Hay tantas metáforas para explicar a una analfabeta digital que podría seguir eternamente. Lo cierto es que el desamparo es total. A., mi asesor en este trance del paso al lado oscuro de la red, lleva acompañándome pacientemente durante horas vía Skype para guiar nuestro acceso. Se ve que entrar en la Deep Web, la red libre de la vigilancia que todos conocemos, no es sencillo. Normal.

He seguido las indicaciones de A. yo solita para bajarme los protocolos y las llaves que crean correos electrónicos cifrados para facilitar el trabajo y las etiquetas para la entrada a la Deep Web. Francamente, aún no sé muy bien

lo que son las etiquetas ni para qué sirven. Solamente obedezco, con la misma premura de cordera con la que la gente como yo acepta las políticas empresariales de las redes sociales, entregando si hace falta mis riñones y el nombre de mi primer vástago a cambio de poder colgar fotos de gatitos en la red.

Ahora, cuando estábamos a punto de entrar, finalmente, al océano de la Deep Web, A. ha desaparecido.

—¿A.? ¿Estás ahí?

La oscuridad de mi habitación se ha transformado en Alien, el Octavo Pasajero. Yo soy el gatito. A. es la teniente Ripley en la escena que aún no hemos visto. Vamos a morir todos.

Mi miedo es ancestral, claro. Sentada sobre la colcha, solamente con la pantalla reflectante, además de revisar mentalmente todas las películas de terror con monstruos, vuelve en oleadas toda la cultura pop relacionada con puertas que te remiten al otro lado de la máquina. Aparecen, como la pista del Santo Grial, la peligrosidad y audacia del *hacker* de los ochenta. Soy Matthew Broderick de *Juegos de Guerra*. River Phoenix en *Los fisgones*. Sandra Bullock en *La Red*. En definitiva, también vamos a morir todos.

Mientras transcurren los minutos y yo sigo en el umbral de la Deep Web —sin A., ni entro ni salgo, sino todo lo contrario—, reviso cuáles son mis razones para tener miedo.

La red profunda viene a ser como las profundidades abisales de internet. No sabemos muy bien qué hay por ahí, y lo que conoce el común de los mortales es pedofilia, tráfico de armas y compra-venta de drogas. Es decir: la Deep Web, por lo que muestran los medios de comunicación, es un mercado negro peligroso si no te sabes guiar, donde lo mismo alguien te salta un ojo que te ofrece jaco turco a precio de coste.

Por otro lado, la Deep Web navega entre las turbias aguas de lo ilegal. ¿Es ilegal conectarse a un sistema donde ocurren todas estas cosas? De por sí, no. La Deep Web simplemente ofrece protocolos no cifrados de navegación, sin vigilancia. Teniendo en cuenta algunas noticias recientes —tanto los desnudos de celebridades como la frivolidad con la que se revelan las fuentes secretas que antes se protegían con mucha más seguridad—,<sup>1</sup> la privacidad se ha convertido en algo codiciado pero difícilmente aprensible: cuanto más la deseas, más fácilmente se te escapa. Así la industria tecnológica ofrece maneras para simular esa privacidad —*snapchat*, o cuantas maneras tenemos de mandar fotos en bolas y esperar que nadie haga una captura de pantalla—, pero no necesariamente la seguridad que esto conlleva. Mientras tanto, Tor, la red de *routers* a través de la que nos conectamos, ha doblado su contenido anónimo en la Deep Web durante el último año. Tal vez esa sea la regla que aprendimos a principios del siglo xxi: seguridad y privacidad no van de la mano.

Sin embargo, en algún resquicio de mi ignorancia sé que no soy simplemente una paranoica. Para hablar de ciertos temas, la persona que me ayuda en esta conexión me ha sugerido que no usemos el correo ni Twitter, sino una aplicación cifrada: Telegram. Desvalida pero informada, me hago cargo, además, de las últimas noticias: en el acceso a la Deep Web, se han encontrado fallos de seguridad. La Deep Web, que opera como contenido no indexado, podría seguir el camino de tantos otros ejemplos en la historia de la red: no ser infalible. Así se advierte en innumerables foros, donde se avisa de que algunos nodos de salida de Tor son monitorizados. Eso incluye contraseñas y direcciones de correo electrónico.

Con el sistema operativo adecuado, en plena madrugada, a punto de conectarme a la Deep Web y abandonada, temo

al ojo divino de la CIA a través de la cámara de mi ordenador, conectada a Skype y sin A. del otro lado. El gobierno me está viendo y pronto me castigará. Oh, Padre, acepta mi confesión porque he pecado.

—¿A., estás ahí?

De repente se ilumina la pantalla de nuevo.

—Joder, tía, perdona. Que se me ha colgado el ordenata.

---

1 Un buen ejemplo de ello sería el caso de Valerie Plame en relación con las armas de destrucción masiva, cuya identidad como espía fue revelada sin más en una nota escrita en el *Washington Post*.

# Hablas de paz, prepárate para la guerra

Lunes, 16 de octubre, 1989, oficina de la NASA en un punto cualquiera de EE.UU.

¿Qué es esto? Mary Connor acaba de examinar el correo postal mientras enciende el ordenador. Su máxima duda hasta ese momento, en ese lunes por la mañana, era si el café de la máquina era descafeinado o no. Hastío laboral. De repente: qué es esto. Lo ha dicho en voz alta, y como ha sido una de las primeras en llegar a la oficina, casi nadie le ha oído. El distintivo sonido de la máquina comenzando a arrancar se ha estancado en un punto. La luz naranja del procesador ha dejado de parpadear, como los ojos de Mary Connor. No le ha dado tiempo a introducir ningún comando. Con la boca abierta, contempla lo que puede leerse en su pantalla:

W O R M S A G A I N S T N U C L E A R K I L L E R S

```

_____  

\ _____ /  

  \ \  ^  //  / \ \  | \ \ ||  || //  /  

  \ \ / \ //  // _ \  | \ \ ||  || //  /  

  \ \ \ \ \ /  / _____ \  | \ \ ||  | \ \ /  

  \ \ / _ \ / _ _ / / _ _ _ \ \ _ _ | | _ \ || _ _ | | \ \ /  

_____  

  \                               /  

  \ Your System Has Been Officically WANKed /  

_____  


```

You talk of times of peace for all, and then prepare for war.

You have been wanked.

A medida que avanza la mañana, una gran cantidad de ordenadores de la NASA se comportan de la misma manera. En cuanto alguien intenta operar, el sistema responde con los siguientes comandos:

```
deleted file <filename1>  
deleted file <filename2>  
deleted file <filename3>  
deleted file <filename4>  
deleted file <filename5>  
deleted file <filename6>
```

Es decir, el ordenador borra los archivos. Todos. O eso parece. Tras el estupor inicial, la cosa está clara: la NASA ha sido infectada con un *worm*, un gusano. Al detectarlo, la organización gubernamental corre a pedir ayuda. Lo cual no es cosa fácil: estamos en el año 1989 y casi nadie sabe cómo se comporta un gusano.

John McMahan es uno de los pocos que sí. Unos meses atrás lidió con uno que fue activado el 24 de diciembre para felicitar las navidades e invadir todos los ordenadores conocidos. McMahan es llamado inmediatamente a la NASA para que le eche un vistazo al código de esta extrañeza. Es él quien alerta de que esto es diferente. McMahan alucina: nunca antes había visto nada igual. Las líneas de programación no están ordenadas, es una especie de amasijo ininteligible.

McMahan explica a los dirigentes la complicación. Resulta que un gusano es parecido a un virus: invade los sistemas informáticos e interfiere en las funciones corrientes de la computadora. El gusano viaja a través de la red de ordenadores compatibles, y en cuanto encuentra una puerta posible en el sistema de seguridad, se cuelga a

través de él y se propaga. A diferencia de los virus, es completamente autónomo y no permanece pegado a un programa o archivo.

A medida que avanza la mañana, la NASA echa mano de sus especialistas. Lo máximo que se conoce hasta la fecha es que IBM ha usado gusanos como manera de mejorar su sistema de protección informática, ya que un gusano funciona exactamente igual que un líquido que se cuela por todas las rendijas del sistema. Mientras tanto, la situación en las oficinas raya la histeria: los ordenadores —todos conectados a la red DECNET— se comportan de manera diferente entre sí, y en algunos aparecen mensajes extraños: «vota anarquista», «el FBI te está vigilando». El gusano sigue su curso, propagándose de un sistema al otro mediante un algoritmo que convierte el ordenador en un nodo de actividad, que corrompe y desactiva el resto de cuentas.

A medida que transcurre el día, algo comienza a llamar la atención para los que analizan la programación del gusano: este tiene prohibido atacar cualquier ordenador relacionado con el área 48 de la red DECNET. El área 48 corresponde a Nueva Zelanda. La elección parece extraña, pero no es casual. Los analistas se centran en el mensaje: WORMS AGAINST NUCLEAR KILLERS, gusanos contra los asesinos nucleares. Recientemente, Nueva Zelanda acaba de prohibir atracar en sus puertos a las embarcaciones estadounidenses con cargamento nuclear.

Bienvenidos al primer hackeo político de la historia.

Pocos días antes del lanzamiento de la nave espacial Galileo, el gusano había aparecido en la red de ordenadores que compartían el Departamento de Energía y la NASA. En los meses anteriores, un numeroso grupo de manifestantes contra el uso de energía nuclear se habían concentrado ante el Centro Espacial Kennedy para protestar por el uso del plutonio en el lanzamiento. Pese a

que las autoridades habían asegurado que el riesgo de desastre nuclear era mínimo, los activistas tenían sus dudas. ¿Qué ocurriría si el lanzamiento salía mal, como había pasado con el Challenger? Pese a que grupos antinucleares habían tomado el asunto hasta los juzgados, el plan de la NASA seguía su curso los días previos al hackeo. El Galileo despegaría, y lo haría con una considerable carga de plutonio.

El mensaje del gusano comenzó a quedar claro: «Hablas de paz, prepárate para la guerra» era el lema del grupo australiano Midnight Oil, conocido por su oposición a la energía nuclear. Una segunda versión del gusano, mucho más potente y destructiva y que apareció pocos días después, contenía las iniciales por las que era conocida la banda: OILZ.

WANK es el primer gran caso de hacktivismo de la historia, y como tal contiene todas las claves para reconocerlo: su estrategia es básicamente política, no económica. Quien desarrolló WANK no obtuvo recompensa, más allá de haber colapsado el sistema en red de una gran parte de los ordenadores de la NASA. La organización del hackeo es estratégica, apenas unos días antes del lanzamiento del Galileo, por lo que su intención es el colapso logístico de las infraestructuras informáticas del sistema. Su voluntad de trascendencia es estructural, anónima, jamás personal: el hacktivista funciona en red y desde el inicio en colaboración con otros pares. Por último —aunque no siempre—, el hackeo puede contener cierta intención lúdica, humorística y juvenil. En este caso, desde las consignas «vota anarquista» al nombre del gusano «wank» («paja») pueden cumplir este precepto.

Tras destinar un millón de dólares en recursos para frenar y eliminar a WANK, el gobierno de Estados Unidos dio con el antídoto y comenzó a blindar sus redes. Hoy